

V.

EL ROMICO.

Dejemos prepararse los sucesos, y vamos entre tanto, querido lector, á hacer conocimiento con nuevos personajes de esta historia.

Ya fuera de la reducida aldea de Cabañas, y encajonado entre un olivar y frondosos viñedos, se levantaba un edificio que ni era alquería, por lo rústico de sus proporciones, ni cortijo, porque la parte destinada á la habitacion de personas racionales era demasiado espaciosa.

Participaba, pues, de alquería y cortijo, y con ambos nombres era designado, sin que sus dueños se ofendieran ni por las pomposas pretensiones del primero, ni por la humildad del segundo. Verdad es que hacía tiempo carecía de dueño: el que lo había sido dormía ya el frío sueño del sepulcro, al que había bajado no por efecto de los años, aunque ya era anciano, sino asesinado lentamente por una pena profunda.

Llevaba cuando vivo el nombre de Bruno y el sobrenombre de *el rico*; y en el pueblo se contaba una lúgubre historia de ingratitud y robo, que le achacaban á un hijo que le había dado el cielo.

Ya sabrémos la historia, muy triste por cierto, de este anciano: ahora diré sólo que, desde su muerte, cuidaba del cortijo—elegirémos el nombre más modesto—un antiguo criado y arrendador suyo.

Este buen hombre se llamaba Francisco, pero ni él mismo ni nadie en el pueblo se acordaba ya de su nombre de pila: conocíasele sólo por *el Romo*, á causa de lo corto de su nariz, y quizá también por lo exiguo de su entendimiento.

Pero esto no obstaba para que fuese bueno y honrado como el que más, y para que llorase cada día la muerte de su amo *el rico* á la par de la de su mujer *la Roma*, quien, aunque tenía la nariz muy larga y no muy corto el discernimiento, había participado, por la ley conyugal, de su apodo.

La Roma había tenido muchos hijos, pero todos se habían ido al cielo de niños; sólo dejó uno á su esposo, como una memoria suya; ¡pero que triste memoria!

La Providencia, al llevarse á la gloria algunos nobles y virtuosos seres, deja en el mundo retoños suyos, que ultrajan su recuerdo como una calumnia.

El Romico—el apodo se iba heredando—era casi idiota á la edad de catorce años; pero la poca razón que le quedaba la empleaba sólo en cosas depravadas.

No pocas veces, estando durmiendo al sol un pobre perrillo, le machacó la cabeza con una gran piedra; algunas también sacó los ojos á los pajarillos, cortó el rabo á los lechones jovencitos, peló vivos á los gallos, y apedreó á los conejos en el corral de su casa.

Un día arrancó de un bocado un dedo á un niño pequeño: la madre de la criatura lloró: su padre juró matar al que hubiera hecho aquello con su hijo; pero *el Romico* se contentó con reirse socarronamente.

Nadie le había visto hacer aquella gracia.

Pasando á hazañas de menor calibre, echaba lodo en la ropa lavada que tendian las pobres mujeres ; les tiraba el jabon al agua ; entraba en las cocinas, cuando no habia nadie en ellas, y comia lo que se le entojaba de los pucheros, tirando lo demas : metia el pan de la artesa en un barreño de agua ; rompía el vidriado, y hacia, en fin, todo cuanto daño podia.

Todo esto lo ejecutaba al compas de una canturia de su invencion, eternamente igual, que participaba del rugir de un pequeño lobo y del graznido de un ave de rapiña : aquel canto causaba miedo, y cuando aparecía el que lo entonaba, el espanto crecía muchos quilates.

He dicho que el muchacho—se llamaba Francisco, como su padre—tenía catorce años ; pero su pequeña estatura no aparentaba ni diez : la más espantosa raquí-tis se había apoderado de aquella débil criatura desde los primeros meses de su vida : á los ocho años se arrastraba, porque todavía no sabía andar : su cabeza era enorme, y estaba cubierta de espeso pelo rubio, deslucido y lacio, que tiraba á amarillento : sus ojos, verdes y cristalizados, llenos de una estupidez afflictiva, se abrian bajo su frente, tan estrecha, que el pelo nacía donde debieran estar las cejas, porque éstas no existían : su boca, muy grande, no podia cerrarse nunca, á causa de que sus labios no alcanzaban á cubrir sus dientes larguísimos, anchos y muy claros : tenía la nariz mucho más chata que la de su padre, y las orejas enormes y tan despegadas de la cabeza, que se asemejaban á dos abanicos.

Daba horror el ver aquella cabeza gorda, redonda y

estúpida, donde la inteligencia no había derramado jamás un rayo de su soberana luz : sólo de vez en cuando una chispa de brutal malicia se reflejaba en sus ojos inmóviles y huraños.

Sostenía la cabeza deforme de aquella especie de monstruo un cuello tan delgado y tan largo, que se admiraba, al verlo, el que no se quebrase con el enorme peso que sustentaba ; al cuello seguía un pecho angosto y hundido y unos hombros puntiagudos, de los que salían dos brazos huesudos y muy largos ; despues se veía un vientre tan colosal como la cabeza, y unas piernas tan delgadas como los brazos, pero muy cortas y en extremo torcidas.

En cambio de la exigüidad de su estatura, sus manos y sus piés habian crecido de suerte que parecían cortados de un coloso.

Tal era *el Romico* : todos los vecinos del pueblo sentían por él una mezcla extraña de enojo, repugnancia y compasion ; además, el padre intercedía por el hijo, porque no era posible encontrar un hombre más humilde y tíer-namente servicial que *el Romo*.

Y despues, la memoria de la madre pedía también favor desde el cielo para aquel pobre pária, sin destino fijo en la tierra, y condenado á morir de hambre el día que su padre faltase, si no le abrigaba la piedad de los buenos aldeanos de Cabañas.

El Romico tenía una pasion, una pasion extraña en su edad : la de beber vino.

Siempre andaba husmeando á la puerta de las cantinas del camino—en el honrado y laborioso pueblo de

Cabañas no había taberna—y los marchantes y los trajineros le hacían cantar y le obligaban á beber hasta embriagarle; entónces *el Romico* bailaba acompañando su tonada una danza monótona y llena de brutal estupidez.

Pero no bailaba jamas en tanto no le diesen vino, y áun cuando se dirigia á las cantinas, dejaba su eterna cancion para no divertir de balde.

En el pueblo poco le importaba cantar; porque, en vez de excitar la risa, molestaba de un modo insupportable á todos.

Á pesar de su estupidez extrema, *el Romico* sabía bien todo eso.

La letra de su cancion variaba, segun las circunstancias, y era siempre adecuada á ellas.

Cuando meditaba alguna maldad, la relataba cantando; pero si no se hallaba solo, cantaba entre dientes y él solo se entendia.

¿Cómo se habia formado aquel monstruo de fealdad repugnante, de brutal malicia y de odiosa estupidez en las entrañas de una mujer buena, activa, dotada de un recto buen sentido y de clara razon, casi bella, piadosa y honrada?

Misterios son éstos que, con todas sus decantadas vigiliias, no han descifrado aún los sabios de ningun país, y que sólo Dios pudiera aclarar, si nuestra mezquina inteligencia mereciera comprender los castigos que envia como expiacion á las culpas de raza.

El pobre *Romo* decia cándidamente:

—Todos los hijos que se me han muerto se asemejan á su madre: éste se parece á mí.

¡Sublime calumnia paternal, destinada á vindicar la memoria de sus demas hijos, y á disminuir la miseria del que quedaba!

Una tarde estaba sentado *el Romo* á la puerta del cortijo: ya habia vuelto del trabajo, y merendaba, con gran apetito, una cebolla cruda que acompañaba con un pedazo de sabroso pan.

Su hijo, cerca de él, devoraba una sopa con torreznos hecha por la mano de su padre, pues el apetito del idiota era insaciable, como sucede á todos los infelices privados de inteligencia.

—Hijo, ¿qué te has hecho hoy?—preguntó *el Romo* á su hijo.

Éste tenía la boca llena de sopas, y sin pensar en tragárselas, cantó con voz ronca y empañada:

Estar sentado al sol
Dormir al sol
Comer al sol.

—¿Has tenido frio, pobrecito mio?

El idiota no respondió.

Al cantar, se habian escapado de su mano las sopas, y la cazuela se le habia vertido en el vestido.

Arrojó el continente, vacío ya, con una rabia cómica, y se puso á recoger el contenido con sus largos dedazos negros y huesudos; pero luégo, viendo que recogia muy poca cantidad, se puso los puños en los ojos y empezó á llorar dando berridos atronadores.

En medio de su llanto, cantaba con voz cavernosa:

—¡Me quedé sin comer!
¡Quiero comer!

—Calla, hijo, calla,—dijo *el Romo*;—ahora te daré un pedazo de cecina: ¿te gusta la cecina?
El idiota volvió á cantar:

—¡Sopas, sopas, sopas!
¡Sólo quiero sopas!

—¿Quieres una magra?

—¡Sopas, sopas, sopas!

—Vamos, y te haré otras sopas—dijo *el Romo* suspirando;—no te has de quedar sin cenar.

Levantóse el buen hombre, y ya iba á entrar en el cortijo, cuando habiendo cesado los gritos de su hijo, oyó un ruido extraño que ántes no habia podido oír, y que se acercaba rápidamente.

Francisco se detuvo, y su hijo lo hizo tambien para escuchar, embargado por una estúpida admiracion.

Eran las campanillas de un carruaje de posta que ya se distinguia.

Á la portezuela venia un hombre, que parecia contar cincuenta años, aunque en realidad tenia diez ménos; estaba muy flaco, y sus cabellos casi blancos; sus facciones, regulares y hermosas, estaban marchitas y apenas presentaban ya vestigios de belleza; su traje negro era muy elegante.

Enfrente de aquel hombre marchito, descolorido, triste, se veia una cabeza deslumbradora, llena de belleza,

de gracia, á un tiempo cándida y grave, y ostentando juntas la flor última de la adolescencia y la más temprana de la juventud.

Era una niña por la edad; una jovencita fresca y graciosa por sus precoces encantos y por la expresion reflexiva de su frente, adornada por espesas trenzas de cabellos dorados y brillantes.

Sus ojos no tenian color y los tenian todos, aunque el que más sobresalia en ellos era el gris aplomado, que hacia un contraste divino con sus dobles y rasgadas pestañas negras y sus delicadas cejas, negras tambien.

Su nariz era pequeña, recta, rosada: ¡qué linda nariz, arrancada de su pura y tersa frente por una línea llena de pureza y suavidad! ¡qué bonitos dientes enseñaba su media sonrisa! ¡qué graciosos hoyuelos descubria en sus mejillas!

Su traje era bastante extraño, pues participaba de la humildad de la hija de un menestral y de la presuntuosa coquetería de una jóven de mal gusto; su vestido de percal inglés estaba rodeado de volantes, como si hubiera sido de seda, y tal vez habia costado más dinero que si lo hubiese sido; un pañolon de capucha, de colores vivos, pendia de sus hombros, y rodeando su preciosa carita, como un marco de nieve, llevaba una gorrita orlada de valenciennes.

El Romo apenas miró á la jóven; toda su atencion se hallaba fija en el hombre que la acompañaba; y áun le estaba mirando con una ánsia que participaba de la admiracion y del enternecimiento, cuando el carruaje se detuvo á pocos pasos del cortijo y al pié de una colini-

ta, que en la primavera se cubria de verdor esmaltado de flores.

El hombre triste habló algunas palabras con el postillon, y le dió algunas monedas, en tanto que la joven-cita extendia alegremente sus bellos y dulces ojos por la campiña.

Luégo, el coche tomó de nuevo el camino que conducia á la ciudad, y las dos personas que habian bajado de él se dirigieron al cortijo.

Ya se hallaban muy cerca, cuando sin duda se disipó la incertidumbre de *el Romo*: corrió hácia el recién llegado, extendió hácia él los brazos, y exclamó:

—¡Lorenzo!

—Francisco, Dios te guarde—dijo á su vez el que llegaba, con voz hueca y profunda.

—¡Don Lorenzo!—añadió *el Romo*, cortado, despues de haber echado una mirada sobre el traje del hombre triste;—perdone V., pero como le he conocido de muchacho.....

—Llámame como quieras—dijo Lorenzo—y vamos á casa.

Y volviéndose á la jóven, que aún miraba á la campiña, añadió con acento dulce:

—Vamos, Susana.

—¡Ah, papá! ¡qué hermoso es esto!—exclamó la niña, volviendo la espalda con pesar al risueño panorama que se extendia á su izquierda, y que empezaban á envolver las brumas de la tarde.

—¡Sí! ¡muy hermoso!—respondió su padre suspirando; y ambos siguieron al *Romo*, que les hizo atrave-

sar el patio, tomando delante de ellos la angosta escalera que llevaba á las habitaciones superiores.

El Romico siguió á todos, miéntras atravesaron el patio, moviendo sus torcidas piernas como un perro patizambo; pero así que empezaron á subir la escalera se echó en el suelo boca arriba para mirar los lindos piecitos de Susana, que subia la escalera, y la entrada de su bonita pierna.

El Romico, absorto en su contemplacion, se puso á reir con expresion bestial, pero en la que se traslucia cierta malicia sórdida y sombría.

De aquella sonrisa brotaba una luz, quizás la primera que habia mostrado desde que aquellos labios deformes sabian sonreir; pero era la luz cárdena del relámpago que brota de entre una masa de negras nubes presagiando la tempestad.

VI.

LOS AMORES DE PEDRO.

Al dia siguiente, por la mañana, fué cuando Pedro habló á su hermano acerca de su amor á Marta, amor que la jóven ignoraba, creyendo sólo inspirar aversion al hijo mayor de Juan María.

Durante la noche, la decision de abandonar la casa de la familia de Carrasco habia decaído bastante en el ánimo de Marta: ésta era una muchacha sagaz, que de-

seaba ver hasta dónde podía llevar cada cosa, amaestrada por su madre, que era mucho más sagaz que ella.

Pero al ver la frescura con que Mariano había oído su decision, y al oírle decir que no se casaría con ella, comprendió que aquel paso aventurado sólo conseguiría dos cosas: sin conmovér la terca voluntad y el helado egoísmo de Mariano, dejar de ver á éste, al que amaba con toda su alma, y provocar el enojo de su madre; esta consideracion, aunque ménos triste que la anterior para la jóven, no dejaba de ser tambien de gran peso, por cuanto temía á la anciana, que le había dado pruebas en más de una ocasion de su férreo carácter.

Marta no durmió nada aquella noche: la pobre muchacha la pasó desvelada y llorando: creía sinceramente que Mariano la amaba; y al convencerse de lo contrario, sintió dentro del alma ese dolor corrosivo, agudo y amargo que sentimos cada vez que perdemos una de nuestras ilusiones más queridas.

Sin embargo, ni su dolor ni su desengaño fueron bastante poderosos para arrancar las raíces, ya demasiado hondas, de aquel malhadado amor, en el que tenía no poca parte la vanidad: Mariano Carrasco brillaba en la aldea como el mozo más gallardo, más discreto, más lujoso, en una palabra: las muchachas, no sólo del lugar, sino de otros varios de los alrededores, se disputaban sus miradas, sus requiebros y sus sonrisas; y más de un novio se vió desdeñado por Mariano Carrasco y se fué en su desesperacion á servir á su patria por no ver á su rival, que cantaba el himno del triunfo sobre la ruina de sus esperanzas.

Pero ¡ay! pobres jóvenes, presas en las redes de aquel sultan vanidoso y ligero. ¡Cuán pocas saborearon, por un espacio más largo que el de ocho días, las dulzuras de un amor feliz y correspondido! Mariano se encargaba de vengar con sus desdenes á todos los amantes abandonados por aspirar á su cariño, y todas perdían el amor verdadero por correr tras de uno soñado.

De Marta se había posesionado, al mismo tiempo que una pasión profunda, el demonio de la vanidad que llenaba su cabeza: ella, pobre mendiguilla, recogida por la caridad de Joaquina, y criada en su casa, era la que había conseguido fijar la atención de aquel Tenorio campesino, durante un espacio de tiempo mucho más dilatado que las hijas de los ricos arrendadores y de los labradores mejor acomodados; y aunque al mirarse al espejo se decía á sí propia que había razón para ello, no por eso dejaba de estar orgullosa con su triunfo.

Puédese, pues, imaginar cuál sería su dolor al ver que el triunfo se le escapaba, y que su amor estaba herido de muerte: después de pasar la noche en una profunda angustia, se levantó pálida, con los ojos cercados de anchos círculos oscuros, y se entregó á las labores de la casa, sin cuidarse, durante todo el día, ni aún de recoger las largas trenzas de su cabellera.

De esta suerte se la encontró Pedro, al volverse á casa cerca de las cuatro, muy en contra de su costumbre, que era la de no abandonar el trabajo en tanto que Dios tenía la luz en el mundo; pero aquel día una idea fija le preocupaba: la de ver á Marta lo ántes posible, porque aquel corazón tan duro en la apariencia, pero en

realidad tierno y sensible como el de un niño, temblaba en la cárcel de su pecho, por el temor de que su criada se fuese en busca de otros amos á quienes servir.

Toda la culpa de aquella violenta determinacion se la achacaba Pedro á sí mismo, á su rudeza, á sus malos y duros modales para la pobre Marta; así es que, al verla pálida y desaliñada, su corazon se conmovió hondamente, y se acusó como el reo de su dolor y de su afliccion.

Marta se hallaba sola en casa á la llegada de Pedro, y se ocupaba en preparar la cena: la señora Joaquina habia ido á ver á una vecina enferma; el señor Juan María, á dar una vuelta con el señor cura, que gustaba de su conversacion sencilla y grave. Mariano habia quedado en el campo, y Pedro se halló á solas con la jóven, lo que le alegró en extremo.

Entró en la cocina y se sentó en uno de los bancos del fogon, despues de decir con voz algo trémula:

— Buenas tardes.

— Buenas tardes — respondió Marta sin dejar su actual ocupacion, que consistia en dar vueltas en la sarten á una fritura de magras.

Moro, el gran mastin de la casa, habia seguido á Pedro y se sentó gravemente al lado de su amo, que empezó á acariciar maquinalmente su hermosa cabeza leonada.

Marta no habia alzado siquiera sus ojos para mirar á Pedro.

Éste tenía los suyos fijos en la llama.

Pero conociendo que estándose callado no adelantaba

nada, se resolvió á hablar, y dijo con voz trémula y oprimida:

— Marta..... ¿es verdad que te quieres ir de casa?

— Sí..... — respondió la jóven, con acento que era tambien algo inseguro, porque su resolucion habia flaqueado considerablemente; — es verdad que he pensado en marcharme.

— Y..... ¿por qué..... causa?

— Porque, segun veo, te incomodo — respondió Marta, volviendo á adoptar el pretexto que habia dado á Mariano, y que era en realidad el solo que podia alegar.

— ¡Incomodarme á mí!..... — exclamó Pedro, cuyas facciones expresaron una ternura infinita, y cuya voz era apasionada y vibrante.

Marta, sorprendida, levantó la cabeza, y miró á Pedro: éste, que hacia todo lo posible por dominar su emocion, prosiguió:

— Marta, deja lo que haces, y vén aquí, á mi lado: tengo que hablarte.

— Pero..... ¿y la cena? — dijo la muchacha, que miraba á Pedro con verdadero terror.

— La cena la harás luégo; ahora óyeme.

Marta dejó la sarten y fué á sentarse, temblando, al lado de Pedro: éste, que era valeroso en todos sentidos, dominó su emocion y dijo á la jóven con voz ya serena y firme:

— Marta, yo he sido contigo arisco y regañon, y ahora te pido que me perdones; ese es mi genio y, por más que hago, no lo puedo remediar: cuanto más quiero á una persona, peores *modos* tengo con ella..... y como

á tí te quiero mucho, los he tenido contigo muy malos.

Marta, asombrada, no supo qué responder: Pedro continuó así:

— Sí, Marta; no te lo quería decir, ó más bien, no me había atrevido á ello..... pero yo te quiero, y si tú me quisieras también, nos casaríamos al instante.

— Pero — dijo la jóven — ¡yo no sé qué pensar de lo que me estás diciendo, Pedro! ¡quererme así..... tan de repente..... no es para creído, te digo la verdad!

— ¿Tan de repente, dices? No, Marta, no te he querido de repente: desde la primera vez que te vi sentí una cosa que me llenaba el corazón y que nunca había sentido: era una cosa así, como un rayo de luz, que alumbrase una gran oscuridad: tenía deseos de rezar y de llorar cuando te veía..... y esto, aunque era dulce, me hacía sufrir y me causaba enfado contra tí..... ¡Llorar yo! Sólo una vez lo he hecho en toda mi vida, y esto fué cuando murió Celeste.

— ¡Ya pareció aquello! — se dijo Marta, que iba recobrando poco á poco la serenidad de su ánimo, y que sentía cierta alegría interior al pensar que, casándose, se vengaba del ingrato Mariano, puesto que al fin entraba en la familia por su boda con Pedro.

— Pero — dijo en voz alta — ¿qué dirán tus padres de esta boda? y ¿cómo han de querer que te cases con una muchacha tan pobre como yo?

— Mis padres me quieren — respondió Pedro — jamás me han quitado mi gusto y ménos lo harían en el casamiento; además, contigo tienen la ventaja de estar ya acostumbrados á tí..... nada cambiará en casa; tú ayu-

darás á mi madre y viviremos aquí para no dejarles solos; el que se casará y se irá el día que ménos lo esperamos será Mariano.

Marta se puso descolorida al oír este nombre, pero Pedro no vió su emoción; en la ceguedad honrada y generosa de su amor nada temía, y despues de haber oído á su hermano, le parecía que todo lo habido entre aquél y Marta era sólo el principio de un devaneo.

En aquel momento entró en la cocina la madre de Pedro, de vuelta de su visita á la vecina, y vió á Marta conmovida y á su hijo con el semblante animado.

— ¡Qué! ¿ya habeis tenido pelea? — preguntó la buena mujer, acostumbrada á las continuas reyertas de Pedro y de su sirvienta.

— No, madre, no hemos regañado — contestó Pedro con ternura; — por el contrario, yo estoy muy contento con Marta.

— ¿Muy contento? ¿de véras?

— De véras, madre.

— ¿Y cómo es, hijo mio, que te has vuelto hoy tan temprano del trabajo?

— Porque tenía que hablar con Marta.

— ¿Con Marta? repitió maravillada la anciana.

— Sí, madre; con ella y despues con mi padre y con usted también.

— Tu padre ya no tardará en venir; pero ¿qué cosa es ésa que nos quieres decir á los dos? Dimela, entre tanto que tu padre llega.

— Pues bien: es que me quiero casar.

La señora Joaquina se hizo dos pasos atras; tan ex-

trañas le parecieron las palabras de su hijo, que al oirlas creyó que soñaba.

Así ella como su marido, desde que Pedro hubo cumplido veinte años — edad en que, por lo común, se casan en aquel país los jóvenes aldeanos — le habían instado muchas veces para que se casara; pero Pedro, que conocía su rudeza y su carácter brusco mejor que nadie, respondía siempre:

— No soy para casado.

Seis años habían pasado en instancias y en negativas, y tanto el padre como la madre habían perdido completamente la esperanza de que Pedro eligiese esposa.

Así fué que, al oír decir á Pedro que se quería casar, la sorpresa dejó muda á la anciana.

— ¡Que te quieres casar! — repitió ésta tras una larga pausa: — ¿y con quién? ¿quién es tu novia?

— Aun no la tengo, madre — respondió Pedro; — hace ya mucho tiempo que la quiero bien, pero hasta hoy.....

— ¿Qué? — preguntó Joaquina al ver que su hijo vacilaba en proseguir.

— Hasta hoy..... no me he atrevido á decirle que la quería.

— Eso también lo creo.

— Pero hoy se lo he dicho; y como me quiero casar al momento, si V. y mi padre son servidos, tendré muy pocos días novia, para tener muy pronto mujer.

— ¿Y quién es ella?

— Marta.

— ¡Marta!

— Qué está presente.

— Pero, hijo, ¡si me dejas lela! — exclamó la señora Joaquina; — ¡si yo creí que no la podías aguantar! ¡si el que parecía que la quería *festejar* era tu hermano!

— Mi hermano sólo quería divertirse con ella: ya lo había yo conocido así, y además, él me lo ha dicho hoy; por cuyas razones, madre, como yo quiero de veras á Marta; como ya está hecha á la casa; como ya sabe descansar á V., y es una muchacha juiciosa, me casaré con ella, tan pronto como V. y mi padre dispongan.

— ¡Cómo, hijo! ¿tan pronto quieres?

— Madre, cuanto ántes: el llanto sobre el difunto.

— Aquí viene tu padre — dijo Joaquina, que sólo deseaba salir del atolladero en que la ponía el carácter ejecutivo de su hijo.

En efecto, Juan María, acompañado del señor cura, entraba en aquel momento en la cocina, de vuelta de su paseo, y ambos se dirigieron al fogón, cuyos bancos tan agradable asilo ofrecían en aquella helada tarde de invierno.

VII.

LA TIA POTAMIANA.

Los dos ancianos presentaban un aspecto muy distinto, pero ambos agradable y simpático.

El señor cura, que contaba ya cerca de cincuenta años, era de estatura alta y algo obeso; sus hábitos ta-